

podemos atribuir estas fallas al hecho de tratarse de un primer número. La capacidad de quienes están en su dirección nos obliga a pedir mejores cosas de su parte. Y el hecho señalado de la carencia de precisión en los fines de la revista se hace notar en los artículos cuya desigualdad es manifiesta. Desigualdad de método y de calidad.

La sección de Reseñas de libros se resiente por la misma causa. Se nota que ellas no han sido ejecutadas con un criterio uniforme como era de esperarse. (Suponemos que el fundamental debiera ser el informativo, pero ello sin dejar de lado la anotación crítica imprescindible). Y hay algunas que hasta caen en lo superficial o desordenado convirtiéndolas en inútiles como elementos de consulta, hecho que no podemos pasar por alto. A pesar de ello, la amplitud de materias y especialidades que tocan, y el hecho de referirse a libros extranjeros difíciles de consultar en Buenos Aires hacen provechosa su lectura.

Las Fichas Bibliográficas se dedican a breves anotaciones a manera de índices sobre gran cantidad de obras clasificadas en amplio número de materias.

En la sección Textos y Documentos se publica un Tratado Acadico de diagnósticos y pronósticos que señala el comienzo de la medicina empírica, lo que hace el texto importante para la historia de esta ciencia.

RODOLFO A. BORELLO

LOS IDOLOS: Manuel Mujica Lainez. Ed. Sudamericana - 1953.

Entramos a un mundo artificioso, su título lo dice, a un mundo de figuras, de falsas divinidades y de adoración. Mundo entregado a su propia mentira; órbita propicia para que los sentimientos se desfiguren hasta convertirse en extraña ficción, en mezquindad y elocuencia. Donde ya no hay hombres o mujeres sino seres medios, ambiguos, unidos entre sí por una ciega idolatría. Donde la voluntad de libertad se rarifica hasta tal punto que se convierte en otra causa, en otro interés.

Sin embargo no hay drama: los personajes están conformes, han adquirido su medio, se han entregado; no han querido rivalizar con su existencia sino que se han hundido en ella hasta deshumanizarse, hasta ser sólo imágenes. Sus espíritus están insumidos, son estatuas con movimiento. Están firmes y seguros; el universo les es indiferente, no han querido organizarlo ni encontrar un signo; se abastecen en la inercia. Porque desde un principio fueron piedras. Porque no intuyen algo más allá de lo que adoran, y se cercan y se avasallan.

Personajes mistificados, engrandecidos por el silencio o la locura, adquiriendo así la apariencia de un contenido espiritual del cual carecen, pues de un decadente se figura un sensible, de un deficiente un alucinado. Por eso no saben dialogar, ni monologar; sólo gesticulan, se desplazan con ademanes armoniosos, como en un ballet, lentamente. Tratando de ser espejismos de un mundo oculto, subterráneo, inteligente; otro mundo que no existe en realidad, pues cuando intentan la palabra, la confesión, cuando tratan de dejar ser imágenes y comunicarse, lo maravilloso desaparece y se descubren: entonces son personajes anulados en su mediocridad, en su cursilería.

Dentro del decoro formal de la obra, que se convierte en aparato vistoso, en construcción recatada pero intrascendente, se descubre lo burdo y lo superficial de su contenido ideal, ya porque carece de repercusión humana a causa de la idiosincracia de los personajes, ya por un lamentable complejo *psíquico-cultural-informativo* del autor.

Mientras los personajes están reducidos a sus posibilidades llegan a atraernos, existen; pero cuando tratan de excederse, de ser hábiles, sensibles, se desvirtúan. Así encontramos dos tipos de personajes que corresponden a estas

características: *Duma* y *Gustavo*.

*Duma* existe, se nos impone, se recrea; la conocemos desde siempre, la vemos deambular a lo largo de toda la literatura de ficción, pero es aún poderosa al lograr encerrarse en su ámbito y al habitarlo; reducida a la fantasía alcanza la concreción de una vivencia poética. Se yergue ante nosotros despejada, como una hembra arrinada y magnífica que es, y se nos ofrece así, sin otra pretensión estética que la de su imagen, sin otro juego que el sencillo de su artificio, el de su pequeña magia.

En cambio *Gustavo* más que personaje es un dibujo, una apariencia: lo vemos aferrado morbosamente a un libro y a su autor, sin la menor dignidad, sin la menor sordidez, lo vemos leyendo, lo vemos exaltarse, pero, aunque leamos sus cartas, no conocemos su secreto, cual es el contenido de su conciencia, si vive. Cuál es el oscuro mecanismo que sostiene su pretendida veneración. Es una imagen que tratamos de dislocar, de rellenar ya que no nos comunica nada.

Y es *Gustavo*, el que propicia y se aventura en otro clima ajeno a sus posibilidades; clima donde es posible la divagación y la improvisación de tipo *cultural*. Se acumulan, fortuitamente, datos y enumeraciones de catálogo sin otro resultado que el de la especulación decorativa, pero como en este caso se utilizaron para trascender, para convivir con tópicos elevados, para ser inteligentes, estas enumeraciones son inadmisibles. Así Rubens, Holbein, Van Dyck son admirados y nombrados como si fueran hermanos siameses, junto a Shakespeare y las miniaturas del museo de Londres y los grabados estandar de cacerías y la cerveda de algún lugar distinguido. Todos habitantes, exquisitos y compartidos, de esta ropavejería *cultural-sensible*, conocidos y respetados con la inocencia profana del turista que apoyado en la carta de viaje reconoce, embelesado, un castillo del siglo XV.

Y es esta superficialidad la que nos asusta, porque no es la primera vez que nos topamos con un escritor argentino lleno de pretensiones espirituales que hecha mano a valores procedentes de la cultura, sostenidos por la generalidad, ya desvaídos y que sólo nos convencen de la mezquidad de la vida espiritual de nuestro país.

No sólo Europa es la tierra de lo prometido, sino que es tratada con la pintoresca fanfarronería del paisano que conoce, sólo él en el pueblo, la ciudad. Ya no es la obra de ficción que abarca todo lo mágico, sino la irresponsabilidad, la falta de compromiso. Y la superchería crece: Europa, tópico de sensibles, otorga a sus adeptos un prestigio de entendidos, de elegidos, que ya no necesitan el recogimiento y la identificación con ella, sino que sólo les basta enumerar y admirarse.

Así se propicia la idea de creer que todo está bien hecho si conseguimos imitar a los maestros lejanos, a los únicos capaces de crear. Que ese mundo es definitivo y que a nosotros nos toca una actitud de contemplativa devoción. Creer que somos seres inmortales, comprometidos, es una torpeza. Allí están los hombres verdaderos, los capaces, aquí los desposeídos, los deshabitados, los ignorantes; sólo unos pocos se pueden redimir al precio de comprar contenido, de comprar experiencias, gusto y modales.

No es que fomentemos una actitud iconoclasta, somos devotos pero no únicamente de los gansos del río de Shakespeare, sino de los hombres que hay aquí, de nuestro paisaje que existe, del conflicto de nuestro destino, de esta ciudad atestada de vicio y sorpresa. Sentimos la necesidad de concretar un idioma, una poemática, una expresión propia y vital y verdadera. De asir con plena responsabilidad la tradición, incierta pero existente, de nuestro país y de robustecerla.

Y es curioso que muchos de nuestros escritores contemporáneos, los que

saben escribir, no les interesa este planteo, creen que nuestra realidad no es poética y así se embarcan en un esteticismo extranjero y estéril. Y los que se animan a él, afrontan las cosas con criterio exterior, quedándose en folklorismo. Y el hombre verdadero está ausente de nuestra literatura. O es la estancia inventada o por lo menos exportada de "Los ídolos", sin paisaje, sin identificación, acatando los cánones y atractivos de una arquitectura europea en el "¡Que disgracia!" , actitudes opuestas y negativas que hundan a nuestra literatura en la intrascendencia, en el anonimato.

ADELAIDA GIGLI

#### LA ROSA TATUADA.

A través de la pobre y gesticulante versión de la compañía de Ana Lassalle, *La Rosa Tatuada*. Otra obra de esa cadena norteamericana de esfuerzos, descripciones torturadas y desafíos, con la que unos cuantos hombres parecen estar describiendo la agonía de un nuevo héroe contra el destino, también un nuevo destino: el hombre común, no normal, tal vez, pero sí común, cuyos instintos luchan contra un orden falso y deformante, que lo aplasta y cercena como ser humano, o que lo obliga a huir, o a desmesurarse en alguna máquina que se lo traga y lo desgarrar. *El financiero*, *Las palmeras salvajes*, *la muerte de un viajante*, *El zoológico de cristal*... *El gran dios Brown*. Cada talento individual tal vez viendo el mundo del modo que le es singular, cierto. Pero detrás el gran espectro del viejo puritano, del pionero anterior, pudriéndose.

De vez en cuando, sin embargo, parece que tampoco esas gentes que están diseñando el diálogo de la angustia aguantan ya la asfixia, el hedor que de lo que están revolviendo sale. Tal vez todos necesitamos un descanso iluso, para perdernos al aire libre, en los caminos, en las praderas, para reconocer la belleza de las hojas rojizas de los robles cuando llega el otoño. O tal vez existe esa otra realidad. Tal vez no basta la simple descripción de la condena, sino que existe una solución; aunque más no sea alguna convención aceptable.

Quizá es eso lo que propone *La rosa tatuada*. Quizá es la envidia del puritano que odia al sexo, y que supone en sus vecinos latinos una fácil aceptación de los viejos símbolos de la vida. Es esa solución de espejismos tropicales la que nos propone T. Williams, reeditando de algún modo el sueño de D. H. Lawrence. ¡Qué felices seríamos entonces los descendientes de las razas mediterráneas, en estas latitudes! La angustia que parecemos destinados a proclamar los hombres del siglo XX puede resolverse, pues, por cierta facilidad de glándulas, en un gran final de Aristófanes. Eso es lo que parece auspiciar *La rosa tatuada*, epílogo fálico de dramas semifreudianos.

¿Es por la búsqueda desesperada de soluciones por lo que falla T. Williams? ¿Es porque para el drama elemental basta el talento, y la comedia exige, además, inteligencia? ¿O es, simplemente, porque no ha sabido solucionar el paso, en las dos horas del espectáculo, desde la muerte y la histeria, a la aceptación de la vida? Tal vez el diagrama terrorista del mundo sea una eficaz receta artística; y sea difícil prescindir de ella.

Sin embargo, la viuda, la hija, y los novios, se sueltan de a ratos de los hilos, y se echan a vivir por la escena, oprimiéndose mutuamente y de varios modos sus cuerpos carnales. Eso queda de *La rosa*, sino el trayecto de la obra que podría haber sido. Quizá.

Allá, por un camino del sur de Estados Unidos, quedan los cuerpos que *Luz de Agosto* puso a vivir del todo en el mundo, sudando y cuchi-cheando.

V. SANROMÁN